

Egipto ejerció una influencia clara en tiempos de Salomón, pero se limitó en el orden religioso a la idea misma del templo y al estilo de este edificio. Ciertamente, la creencia de que Jehová moraba en el templo entre los querubes, debía tener sus consecuencias. El templo es siempre el principio de una gran materialización del culto, pues supone en el dios que lo habita necesidades más o menos humanas. Ya que el dios tiene una casa, es lógico hacersela cómoda y agradable. Los panes de proposición adoptados por los hebreos para sus santuarios desde época muy remota, representaban como idea primaria el alimento del dios, la mesa ricamente servida que los egipcios situaban delante de todos los seres divinos. En los sacrificios de los lugares altos, no eran necesarias tales ofrendas. El dios, es decir, el aire, el cielo, el fuego cósmico, se comía directamente la carne de la ofrenda inmolada.

Las fumigaciones de incienso eran otra costumbre que sólo podía desarrollarse en un santuario cerrado. La casa de Dios debía estar bañada de buen olor como la casa del rey. Esto era más necesario ya que la humedad de un templo cerrado resulta nauseabunda. La construcción del templo, empero, implicó pocas modificaciones en el culto. El sacrificio siguió siendo, como en los tiempos patriarcales, la esencia de la religión.

Para los sacrificios de animales era imprescindible mucha vajilla de metal, y el templo de Salomón la tenía tan rica como los mejores santuarios de aquella época. Todas las labores de esta clase se atribuyen a un tal Hiram, tocayo del rey o de los dos reyes de Tiro, contemporáneos de Salomón. La leyenda le supone hijo de un tirio y una viuda nefalita, que aprendió de su padre el arte de trabajar los metales, por lo que le llamó Salomón para confiarle tales labores. Había también muchos objetos de oro, como candelabros, cuchillos, jarras, fuentes y apagadores.

El arte en Israel era contrario a las representaciones de las figuras vivas, a las escenas de la vida humana, a las imágenes de objetos reales y

reducía voluntariamente sus recursos a las flores convencionales y a los animales convencionales también; a los seres fantásticos.

Esto es esencial, porque resulta difícilísimo admitir que, en este punto, el pietismo posterior de Ezequías tuviera efecto retroactivo, y que todas las obras salomónicas fueran retocadas según las ideas nuevas. Así se demuestra también que el jehovahismo puritano, predicado por los profetas, tenía ya raíces en la época de David y de Salomón. Se temía mucho al antropomorfismo. Se aceptaba la plástica siempre que no reprodujera lo que existe en la naturaleza. Los *Kerubs* eran una señal completamente pagana. En tiempos de Salomón eran esfinges egipcias; más adelante fueron monstruos asirios.

Una vez acabado el templo, se instaló en él con gran pompa el arca. Presidió Salomón la ceremonia y se sacrificaron innumerables animales.

Es difícil determinar qué contenía entonces el arca. Probablemente encerraría el *nehustán* o serpiente de cobre del tiempo de Moisés, el *efod* y algunos *terafim*.

Inmediatamente después de instalar el arca, se supuso que Jehová residía en el templo, aunque la vista humana no le percibía en parte alguna.

El servicio religioso establecido por Salomón fue por lo visto sencillísimo. Tres veces al año en las épocas de Pascua, Pentecostés y la «fiesta de las tiendas», subía el rey al templo con sus oficiales y ofrecía *oloth* y *zelamin* en el altar de bronce que estaba delante del templo. Después quemaba incienso en el altar dorado frente a la puerta del *debir* o departamento especialmente reservado a Jehová. Es probable que el rey ofreciera *oloth* todos los días, o cuando menos en las neomenias y sábados.

Según parece, Salomón y sus sucesores presidieron directamente los actos del culto que se practicaban en el templo, que, como ya queda indicado, no venía a ser más que un santuario doméstico de la realeza. Mas para los sacrificios se necesitaban hombres especiales y cuando el rey estaba ausente, otro había de sustituirle. Así tomó cada día más importancia la clase de los *cohanim* o funcionarios del templo, que vivían alrededor de éste, ociosos y bien alimentados, gracias a las ofrendas. Para el trabajo material tenían esclavos gabaonitas.

En aquel tiempo no existía el sumo sacerdote, con derechos sobre sus colegas. Había un alto funcionario llamado *cohen*, pero sin pontificado ni título jerárquico. Era el suyo un cargo palatino. Sadok fue el primer *cohen* del templo, y sus descendientes desempeñaron el cargo hasta el año 167 antes de J.C. Todavía después de dicha fecha, la aristocracia sacerdotal siguió llamándose *sadokita*, origen de la *saduceos*, que tanto sonó en las luchas del cristianismo naciente.

¿Qué ocurrió con el *urim* y el *tummim* en esta transformación? Podemos suponer que yacían en el fondo del arca. Lo seguro es que desde que se construyó el templo no se los volvió a consultar. Después del cautiverio reaparecieron en el pectoral del sumo sacerdote. La edificación del templo fue el primer acto de la sucesiva destrucción de los residuos supersticiosos del antiguo Israel.

La extraordinaria precocidad del espíritu hebreo hizo surgir entre los israelitas ciertos fenómenos intelectuales y morales, antes de que hubiesen madurado entre otros pueblos. Al tratarse de Salomón, no está fuera de lugar hablar de razón y tolerancia. Por lo menos el fanatismo fue absolutamente ajeno a aquel rey. No hubo en su tiempo ninguna de aquellas matanzas nacionales que deshonraron los reinados de Saúl y David. A veces llegó Salomón a una especie de eclecticismo religioso. Los ortodoxos lo explicaban luego, atribuyéndolo a la influencia de las mujeres extranjeras, que cada vez era más fuerte sobre Salomón. Las sidonias le hicieron piadoso para su Astarte, las amonitas le hicieron venerar a Milik o Milkom, que no es más que una fantasía pueril. La tolerancia de Salomón atribuida a la influencia de las mujeres no fue más que una consecuencia de toda la dirección de su reino. Dentro de Jerusalén no tuvo Jehová rivales, pero la montaña de los Olivos encerró muchos santuarios paganos, que allí existen todavía. Ningún dios era todavía lo bastante verdadero para expulsar de un modo absoluto a los demás. En Tiro tenía su templo Melkart, dios tan celoso como Jehová, pero al mismo tiempo existían en las cercanías capillas dedicadas a Esmun y Astoret. El templo de Salomón proclamaba en el fondo que Jehová era un dios como otro cualquiera, no inferior, pero poco superior a todos los demás, por lo menos fuera del espacio de terreno que se le consagraba especialmente.